

EL ÚLTIMO CABALLERO

Marcelo Rocca

Ilustraciones :
Sabrina Landi



ISBN papel: 978-84-15490-51-7

Título: EL ULTIMO CABALLERO.

Autor: Eduardo Marcelo Rocca.

Ilustraciones: Sabrina Landi

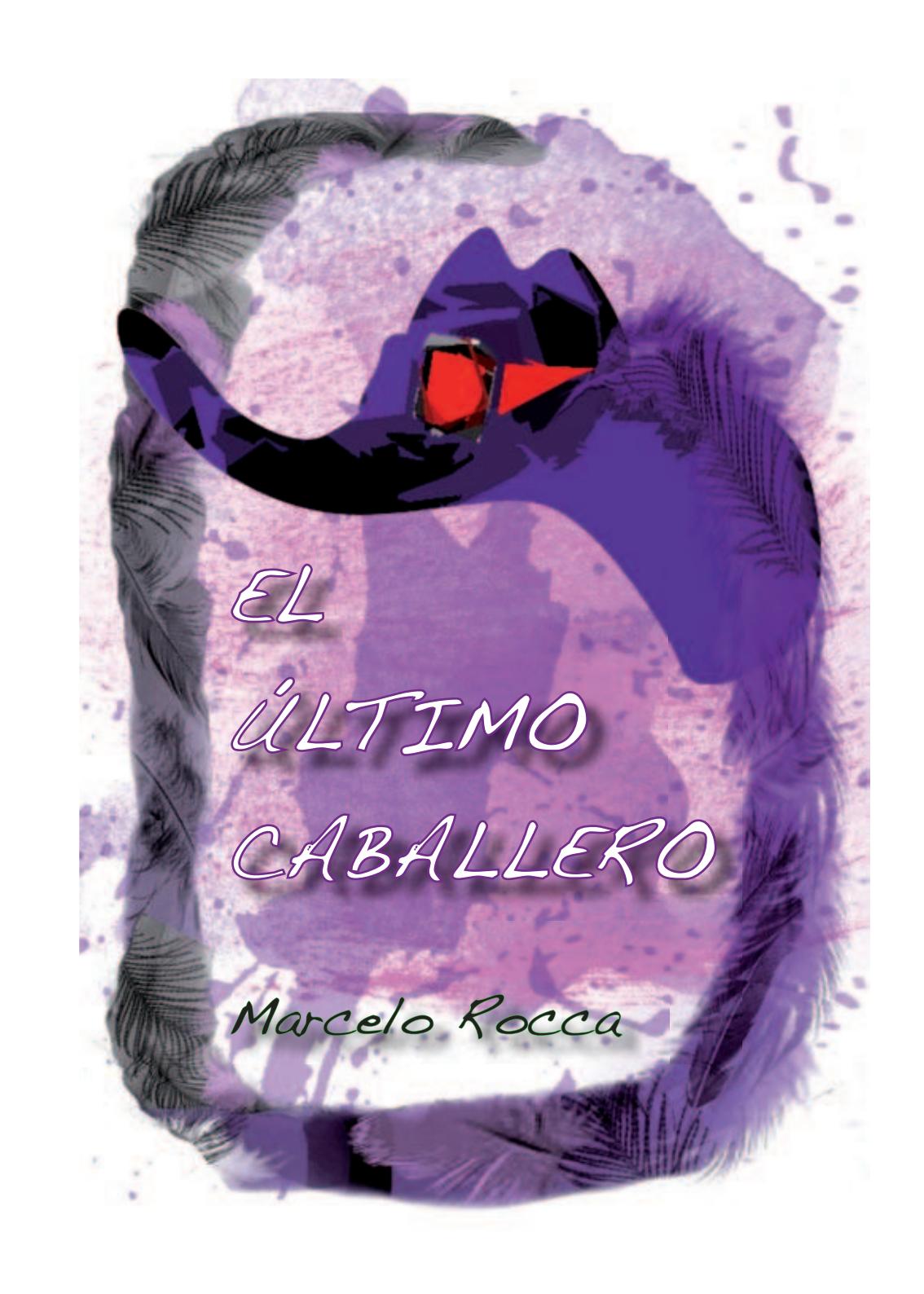
Idioma: Castellano

Editor: Bubok Publishing S.L.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin
previo permiso escrito del autor

Todos los derechos reservados





EL
ÚLTIMO
CABALLERO

Marcelo Rocca

S

e llamaba Felipe pero pronto se dio a conocer como Fillipe Naseaux de la Zampoña, “El Último Caballero”. Ese era su sueño: ser caballero andante.



Ya tenía nombre, pero no tenía caballo, ni armadura, ni siquiera calcetines de Caballero. Decidió ir al mercadillo, donde encontró un viejo traje de mosquetero y un sombrero con pluma. Al mirarse en el espejo vio a Cyrano de Bergerac y le gustó. Esa misma tarde fue a un desguace y compró un caballo —“Aníbal” se llamaba—, era un poco viejo y protestón pero no le dio importancia. El caballero le prometió que juntos vivirían viajes increíbles.



Mientras cabalgaba, Fillipe soñaba en voz alta las aventuras que estaban por venir y su caballo, andando sobre sus viejas herraduras, le decía que esas ideas eran un poco ridículas. Uno vivía en la nubes, el otro con los pies en el suelo. Por la noche, el caballero le contaba más historias y que su objetivo era luchar por el amor y rescatar princesas en apuros! Claro que, para esto, necesitarían encontrar a una.

A la mañana siguiente llegaron a un castillo. Fillipe dejó a Aníbal en el establo y llegó al patio de armas. En una de las almenas estaba ella: pelo largo y rubio, de ojos claros. Le llamó la atención que sacudía la cabeza de un lado a otro y sus pelos volaban. El Caballero se quedó mirándola como una estatua y, cuando de su cabeza desapareció la música celestial, Aniceta, que así se llamaba, cantaba a grito pelado un viejo Rock and Roll. Lo hacía tan mal que todos se escondían para no escucharla pero para Fillipe era la voz de un ángel.

Y es aquí donde comenzó la historia, cuando al término de la desafinada canción, Fillipe irrumpió con una ridícula reverencia, : “Bon jour mademoiselle. Je suis Fillipe Naceux de la Zampoña”. ¡El Último Caballero!

Aniceta, sorprendida le miró de arriba abajo y, con una reverencia, le respondió:

—Mucho gusto. Soy Aniceta,
Princesa Aniceta.

¡La había encontrado!



La emoción fue tan grande que, sin mediar palabra, le ofreció todo su amor y que lucharía por su corazón; le prometió el mar, el cielo, la montaña... La princesa lo interrumpió y le espetó un "no" rotundo.

—¿Cómo que no? —contestó sorprendido Fillipe— ¡Tú eres una princesa y yo un Caballero, debemos enamorarnos!

Pero por más que insistió citando libros, poemas y pergaminos, Aniceta no aceptó. Entonces Fillipe se puso de rodillas y, con una mano en el corazón, le dijo que haría cualquier cosa por su amor. Esto a la Princesa le pareció divertido, tierno; y, disimulando con pícara sonrisa, le dijo:

—Está bien, tendrá mi corazón, pero a cambio me tiene que traer una flor...

—¡Oh, qué romántico! Claro que sí, le traeré una flor...

—...de calabaza. —Acotó la princesa.

— ¡¿Una flor de calabaza?! ¿de dónde voy a sacar ahora una flor de calabaza?

— No es mi problema y, además, quiero que traiga a este castillo un gran dragón.



—¡Un dragón!

—Sí, si quiere mi corazón tiene que traer una flor de calabaza y un dragón. Si no, no seré su novia.

Y dando media vuelta entró al palacio.

Fillipe no podía creer lo que le había pedido la princesa y la quiso convencer de otra cosa, le ofreció bombones, otra flor: una rosa, una margarita, quizá una coliflor. Pero Aniceta, desde la ventana y bien alto, le repitió:

—¡Nada! ¡La flor de calabaza y el dragón!.¡Adios!

Fillipe comprendió que esa era una auténtica prueba de amor, una prueba de fuego para un caballero como él, una auténtica cruzada!

Luego de varios días y kilómetros, Aníbal protestó sobre la misión, pensaba que la princesa estaba loca y que se reía de él. Pero el Caballero no escuchaba nada, sólo pensaba en su misión.

Una tarde, descansando, Fillipe bajó hasta un arroyo a beber agua y detrás de un árbol apareció una bruja. Era fea, saltarina y no paraba de reír mostrando su único diente de leche, y eso que estaba de mal humor. Esto no era tan malo, porque las brujas que están de mal humor, conceden deseos. Sí, deseos en vez de hechizos malignos. El Caballero, sin pensar, deseó:

—¡Quiero ¡Una flor de Calabaza!

La bruja dio un salto y de cabeza en el suelo se metió. Desde ahí abajo dijo unas palabras mágicas, la tierra tembló y se formó una gran nube de humo. En medio de la niebla apareció una calabaza gigante. La bruja, de un salto, volvió a aparecer y al ver semejante bola se revolcó por el suelo muerta de risa.

—¡Señora, se equivocó. —Dijo Fillipe—. Aquí hay una calabaza y yo le pedí una Flor!

—¡Qué divertido! Mire señor caballero, agradezca que no le convertí en un sapo—. La bruja rompió a reír estrepitosamente y, con un salto acrobático, por el suelo desapareció.



canchuflete

Las brujas se quitan el mal humor haciendo bromas pesadas y ésta no fue diferente

“¿Qué iba a hacer ahora con esa calabaza?”, se preguntaba el caballero. Ni siquiera la podía mover, era grande como un camión.



En eso estaba, cuando en el arroyo, a pocos metros de allí, apareció su segunda misión: un dragón. No paraba de bostezar, estaba muerto de sueño, se acurrucó y se durmió roncando estrepitosamente.

Era raro: parecía más un cocodrilo que un dragón, pero al caballero no le importó. Fillipe los había visto dibujados en los libros de caballeros andantes y éste era totalmente diferente; pero bueno, era un dragón y había que investigar. Sigilosamente se acercó y fue hasta la cola, lo observó con cuidado, siguió por el cuerpo y, cuando llegó a la cabeza, cogió una pestaña y tiró.

—¡¡Auch!! —Gritó el dragón—. ¡Eh! ¡Qué hace! ¿Por qué interrumpe mi sueño?

El caballero se quedó congelado y, temblando de miedo, trató de hablar pero no fue capaz de decir dos palabras.

—¿Qué le pasa? —dijo el dragón—, ¿tiene frío o tiene miedo?

El caballero se dio cuenta que no podía estar temblando, discimuladamente se puso en guardia y rápidamente empezó a repartir golpes al aire como hacen los boxeadores, porque espada no tenía.

El dragón miraba al ridículo caballero haciendo aspavientos y le dijo muy claramente que no pelearía con él.

El Caballero se detubo en el momento y le respondió—¡¿Cómo que no?!

— No, no voy a pelear con usted. Voy a ser su amigo y no su enemigo. —Le respondió el Dragón, medio hablando, medio bostezando.

—Pero...

—Mire, necesito dormir. Los dragones invernamos y con este cambio climático y con la contaminación aún no he podido descansar, y vosotros los humanos hacéis mucho ruido.

—No diga tonterías, tenemos que pelear. — Insistió el caballero. Además si usted me gana, me come.

—No señor, yo soy vegetariano. —Respondió el dragón con un tremendo bostezo—. Y... mejor me voy.

—No se vaya... —Dudó el Caballero.

—Sí, me voy a dormir a otro sitio mas tranquilo. Adiós, señor caballero. ¡Muac! ¡Muac! —Y le dio dos besos.

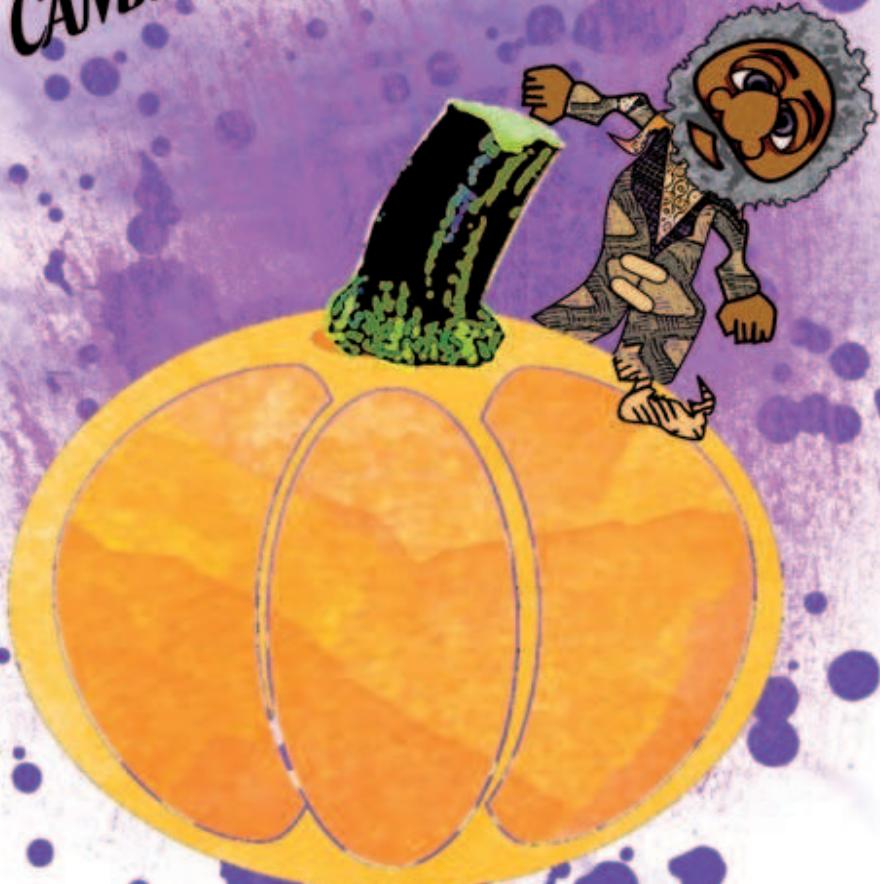
El Caballero se quedó duro como una estatua, el dragón se marchó gritando desde la colina mas lejana:

—¡Adiós, amigo mío!

—¡Adiós! ¿Amigo?



EL MUNDO ESTÁ
CAMBIANDO



En los libros de Caballeros no había leído nada parecido. No entendía nada. ¡¿El Dragón era su amigo y le había dado dos besos?! ¿Y esto cómo se lo iba a explicar a la Princesa? Se sentó en una roca a pensar y repasando los hechos recordó: la princesa le dijo que “no” a su propuesta de amor, luego le pidió una extraña flor de calabaza y un dragón. Después, la bruja, en vez de transformarlo en un sapo le dio un deseo. Bueno, más que un deseo fue una broma en forma de calabaza y, cuando por fin tenía un dragón para cumplir su hazaña, éste no quiso luchar y se convirtió en su amigo.

—¿¡Es que está todo al revés!? —Gritó el Caballero a los cuatro vientos.

—No, señor caballero, el mundo está cambiando. —Dijo una pequeña voz.

—¿Quién dijo eso? Me estoy volviendo loco, escucho voces...

—No diga tonterías. —Dijo la pequeña voz detrás de la calabaza y un duende se asomó, era muy, muy, muy viejito y con una sonrisa le dijo. —Lo que pasa es que usted no le hace caso a su corazón.

—¿Quién es usted?

—El Duende de la Calabaza. —Contestó.

—¿El Duende de la Calabaza? ¡No entiendo nada! ¡Todo me sale al revés! —Dijo Fillipe casi llorando.

—Lo que pasa es que usted no le hace caso a su corazón— dijo el duende y le explicó al caballero que “todas las cosas de este mundo tienen un duende en el corazón”, y le enseñó que él también tenía uno en el suyo. Y que debía hacerle caso a lo que le decía esa pequeña vocecilla. Fillipe seguía sin entender y, para demostrárselo, el duende lo invitó a decir unas palabras mágicas.

—¡No use la cabeza, use su corazón! —Le recordó el duende—. Y de esta forma convertirá la calabaza en flor. ¡Venga, repita conmigo!

Aromas del viento,
colores del sol,
antes que cante una torcaza,
convierte en flor,
¡esta calabaza!

Otra vez se formó una nube de humo y la gran calabaza se esfumó. Un segundo después, detrás de la niebla, una hermosa flor naranja apareció en el suelo.

—¡Gracias, señor duende! —Dijo el Caballero cogiendo la flor.

—No me dé las gracias a mí... No lo olvide, si quiere ser un caballero andante ¡siga el camino del corazón!

Cuando Fillipe lo quiso despedir, el duende ya había desaparecido.



El caballero, a toda prisa, buscó a su caballo Aníbal que estaba leyendo a pocos metros de allí y sin respiro emprendieron el camino de vuelta.

Mientras tanto en el Castillo de Aniceta el dragón, por fortuna o casualidad, llegó al patio de armas , sin querer la asustó la princesa... Bueno, en realidad, se asustó sola, ya que se encontró al dragón durmiendo en el patio.

Dio un grito tremendo y salió corriendo. ¡Pobre animal!, ¡qué susto se pegó!

Trató de explicarle que quería ser su amigo, pero la princesa no paraba de gritar, corría de un lado al otro como una loca y al final por el bosque se marchó.



En eso llegó Fillipe con la flor de calabaza, sin enterarse de lo que estaba sucediendo. Dejó la flor y su caballo en el establo y fue a buscar a la princesa. En el patio encontró al dragón nervioso, confundido.

—¡Quiero dormir! —Le dijo y lloró lagrimas de cocodrilo.

El caballero, sin entender lo que pasaba, le secó las lágrimas y decidió acostar al pobre dragón en la cama de Aniceta y aunque era pequeña allí nadie lo molestaría. Luego le cantó una nana, le dio el beso de las buenas noches y el dragón por fin tranquilo se durmió.

Entonces, Fillipe fue a buscar a la princesa y la encontró arriba de un árbol. Con ciertas dificultades la bajo del la rama y de la mano la llevó al Castillo y le explicó que se hizo amigo del dragón, que era mucho mejor que hacerle daño, y que estaba durmiendo en su cama.

“Un Caballero que ama a los animales, es mucho mejor”, pensó Aniceta. —Esto esta muy bien. —Dijo—. Me encanta la gente que ama a los animales.

—Entonces, ¿he conquistado su corazón haciendo amigo al dragón? — replicó el caballero.

—Bueno... sí... pero no, todavía me debe algo...
dijo Aniceta con tono interesante.

—Sí, claro, ya se la traigo.

Fillipe salió corriendo hacia el establo corriendo. Aniceta quedó esperando y, cuando el caballero volvió con la flor de calabaza, el corazón de la princesa latió con fuerza. Fillipe se hincó de rodillas y, con voz de galán de telenovela, le dijo:

—Aniceta, en prueba de mi amor te regalo esta flor.

Aniceta, emocionada, la recibió. No lo podía creer: por fin un caballero cumplía su promesa y no la tomaba por loca.

Y así fue cómo Fillipe pudo conquistar el corazón de la princesa. Ésta descubrió el noble corazón del caballero. Se dieron un beso, pero no uno cualquiera sino un auténtico beso de amor.

Como todos los Cuentos de Caballería, Fillipe Naseaux de la Zampoña, ¡El último caballero! y su caballo Aníbal, siguieron su camino en busca de más aventuras, pero esta vez no iban a estar solos. Aniceta, la princesa, también se sumó a la cruzada y como no tenía caballo, sobre Aníbal se subió detrás del caballero.





El caballo se quejó, protestó, pero nada pudo hacer, Fillipe solo tenía ojos y oídos para su princesa.

Ahí van los tres por el camino cumpliendo su misión. Por donde pasan, los juglares cuentan su historia y cantan su canción:

**Un caballero y su caballo.
Una Princesa y una flor.
Un Caballero, una Princesa,
luchando por el amor.**



El Último Caballero



Adaptación de la obra de teatro de títeres del mismo nombre. Esta es la primera aventura de Felipe es un hombre común con un sueño por realizar, ser Caballero andante. Emulando a Cyrano de Bergerac y Don Quijote de La Mancha, se hizo llamar **FILLIPE NASEAUX DE LA ZAMPONIA: EL Último Caballero**. Necesita una princesa y sale a buscarla junto a su caballo Aníbal.

MARCELO ROCCA

TITIRITERO Y ACTOR. DIRIGE LA COMPAÑÍA DE TEATRO DE TÍTERES EL RETABLO DE LA VENTANA. TRABAJA PROFESIONALMENTE DESDE EL AÑO 1983 EN EL MUNDO DEL TEATRO Y SE ESPECIALIZA EN EL TEATRO ANTROPOLOGICO. DESDE 1986 TRABAJA EN EL TEATRO DE TÍTERES. EL 1990 CREA LA COMPAÑÍA: **EL RETABLO DE LA VENTANA**

<http://www.elretablodelaventana.com>